

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A ENRIQUE GARCÍA GÓMEZ

VENTURA LEBLIC GARCÍA
Numerario

Sr. director de la Real Academia, Sr. presidente de la Diputación Provincial, autoridades, señoras y señores académicos:

Hoy recibimos en esta real institución un nuevo académico numerario, que lo es desde este momento en que se le impone la medalla (los académicos correspondientes lo son desde su nombramiento). Ahora ha dejado de velar sus armas como «académico electo», pasando a ocupar el sillón de quienes le precedieron para compartir tareas con sus compañeros. Sobre su pecho cuelga la medalla número XII, habiéndole precedido en el uso de ella los ilustrísimos señores Juan José Gómez-Luengo Bravo, Clemente Palencia, Flores, Constantino Rodríguez y Martín de Ambrosio, profesor e historiador sonsecano, y Adolfo Aragonés de la Encarnación, primer secretario de la corporación en 1916.

Es una medalla, como las 24 restantes, cargada de historia que representa una genealogía de hombres sabios, queridos y recordados que supieron llevarla con el orgullo y la responsabilidad de los buenos toledanos a lo largo de los cien años de nuestra existencia.

El precedente más inmediato fue nuestro amigo y compañero Juan José Gómez-Luengo, arquitecto, al que ya ha de-

dicado una cariñosa semblanza el nuevo académico. Creo que todos o muchos hemos conocido al entrañable Clemente Palencia, aquella gran institución, pozo de conocimientos sobre la ciudad que rebosaban el brocal, poeta y divulgador de la historia toledana, gran conversador tertuliano, conferenciante, cronista y archivero de la ciudad, con el que se corta la genealogía de la medalla XII en mi memoria. Me recuerda D. Clemente a los académicos en la Casa de Mesa, reunidos en sesión, refugiados en una habitación polivalente, pequeña e incómoda, donde todo se olvidaba cuando hablaban aquellos hombres admirables que procedían de la docencia, de oscuros archivos, de la vida militar, eclesiástica o del mundo del arte, con su elocuencia e infinitos conocimientos sobre Toledo. Y a su lado este, entonces, neófito, novicio y alumno de todos ellos, receptivo, con los sentidos abiertos de par en par, tratando de procesar tanta información y conocimientos en aquel aula magna rodeado de bellos artesanos, yeserías, zócalos, obras de arte, libros... que nos trasportaban a otros tiempos en el vehículo del saber y conocer. Algunos continuamos siendo alumnos permanentes.

Nos encontrábamos ante una generación de transición que había conocido a los fundadores, aunque no habían compartido sillón con ellos, y llegado hasta la segunda mitad del siglo XX, donde estábamos otros.

Y ahora, con el transcurrir del tiempo, nos toca a los novicios recoger el testigo y avanzar, cruzando todos los puentes generacionales. Personalmente, me alegra continuar viendo los puentes y hacer de notario del tránsito de muchos de mis compañeros por ellos, que con el tiempo, le van dejando a uno atrás en edad. *Tempus fugit*. Pero lo importante es no entorpecer el paso por el puente, sino dejarlo expedito para avanzar, renovar, crear en circunstancias muchas veces adversas, pero siempre tratando de insuflar savia nueva, pese a

las leyendas urbanas, nacidas muchas veces del desconocimiento de los trabajos e investigaciones muy serias, discretamente divulgadas con los medios de que dispusieron nuestros predecesores. Los descubrimientos que se guardaron, puestos hoy en las redes, se consultan con avidez, siendo la base de nuevas investigaciones, claro está que con otros métodos y procedimientos científicos que nos proporcionan la revolución tecnológica y científica.

Hoy continúa el salto generacional, sin desconectar con nuestra herencia, en otro escenario social y cultural, con la presencia de nuevos académicos, como Enrique García Gómez. En su día, él también recordará sus vivencias en una institución aún más longeva, pero que con el avance del tiempo se rejuvenece y toma vida, como es el caso que nos ocupa. Académico joven, de solvencia cultural demostrada, reconocidos méritos y brillante carrera en la gestión cultural, que sin duda contribuirán a mejorar y completar los conocimientos sobre nuestro patrimonio, y que conectará sin demasiado esfuerzo con los ciudadanos y sus inquietudes.

Ser académico no es un premio. Es, en todo caso, un reconocimiento a la dedicación de una vida al servicio de la investigación, la divulgación, la gestión cultural, la docencia, el interés por la protección del patrimonio, que no se agota en el sillón ni en la medalla, sino que comienza, que continúa, que no se detiene. La Real Academia es un organismo vivo al servicio de la comunidad científica, creadora y social de Toledo. Ser académico es mantener una conciencia permanentemente sensible a la evolución de la ciencia y los conocimientos, aplicados a los objetivos y fines de esta institución. Ser académico no es participar de ninguna parcela de poder, ni de promoción personal. Creo que ninguno de nosotros ni siquiera lo necesita. Ser académico es detraer de nuestra propia ocupación unas gotas de tiempo para que, de mane-

ra desinteresada, participar activamente en las tareas académicas destinadas a conseguir los fines de la institución: la divulgación, protección e investigación del patrimonio cultural toledano y la promoción de la historia, el arte, la literatura y la ciencia, con todas aquellas materias interrelacionadas que se desprenden de los amplios objetivos que heredamos. El trabajo académico es una tarea de equipo y compromiso, según las posibilidades activas de cada uno.

Nuestro trabajo no pretende encerrarse entre las cuatro paredes de nuestra sede. Un nuevo concepto académico nos lleva a estar presente en la esfera pública para enriquecerla como un servicio activo, participando del debate social, reinventando si hace falta una nueva ilustración implicándonos en los procesos de construcción de una sociedad sensible a nuestra herencia cultural, nuestro patrimonio, entorno y medio ambiente.

Aplica, querido Enrique, el refrán: «Del veterano, el consejo» (me van a permitir la licencia sobre el original), en esta contestación a tu discurso.

Pues bien, a este mundo en construcción permanente se incorpora el nuevo académico, de reconocido prestigio en la puesta en valor del patrimonio natural, que reclama esta Real Academia. Sus títulos le preceden: es doctor internacional en Medio Ambiente, licenciado en Ciencias Ambientales, ingeniero técnico forestal y máster en Gestión Medioambiental. En lo profesional, trabaja en la Diputación Provincial, donde ha dirigido y ejecutado proyectos y actividades relacionadas con el medio natural y cultural durante más de una década, en el Servicio de Medio Ambiente, del que ha sido jefe de servicio. En la actualidad es director del Centro Cultural San Clemente y del Sitio Histórico de Melque. Ha ejercido docencia como profesor de organización de recursos naturales y paisajísticos en la Escuela de Formación Agraria Oretana y es vicedecano del Colegio de Ingenieros Forestales.

Es autor de una docena de libros en torno al patrimonio natural de la provincia de Toledo y su relación con la historia y el paisaje.

Ha escrito medio centenar de artículos en diferentes revistas especializadas nacionales e internacionales; no olvida la divulgación, siendo autor de cuadernos educativos sobre el paisaje, flora y fauna, junto con otros de contenido ambiental. Dirige la revista *La Cultura del Árbol*. Ha sido creador del Aula de la Naturaleza del Borril y el Vivero Educativo Taxus. Ha formado parte de grupos de trabajo estudiando la historia forestal, sobre el río Tajo y los paisajes culturales toledanos. Recordemos sus publicaciones sobre árboles monumentales del río Tajo, informes sobre los jardines históricos de Talavera de la Reina, árboles históricos en la provincia, el paisaje en las villas romanas, rarezas botánicas en la ciudad de Toledo, especies arbóreas en el urbanismo toledano y un largo catálogo de publicaciones que nos muestran a un experto que viene a engrosar la lista de académicos que se ocuparon de las ciencias naturales en relación con la historia o la etnografía toledana. Estos un día ocuparon estos sillones y apostaron por la incorporación de estas materias a los estudios de otros especialistas, siendo alguno de ellos pionero en España en incorporar el paisaje cultural como materia de estudio vinculado a la historia. La presencia del numerario que hoy se incorpora no es un caso aislado en la historia de esta Real Academia.

Entre los académicos numerarios geógrafos y naturalistas recordaremos a Ismael del Pan, catedrático de Ciencias Naturales cuando solo contaba con 22 años. Alcanzó el doctorado con la tesis *Paleografía de los mamíferos cuaternarios más importantes de Europa y el Norte de África*. Llegó a Toledo como catedrático del Instituto en 1919, incorporándose a la Real Academia en 1929 con un discurso sobre prehistoria, arqueología y folklore toledano. Permaneció en la corporación

hasta 1932. Uno de sus trabajos relacionados con el paisaje fue el dedicado al árbol simbólico de Toledo y su provincia, con destino al jardín de España en Marbella.

El capitán Verardo García Rey, profesor de la Academia de Infantería, fue también miembro fundador de esta Real Academia, donde permaneció durante más de una década publicando una serie de trabajos históricos de Toledo y provincia. Su interés por la geografía y topografía del macizo montañoso toledano le llevó a estudiar y publicar en el *Memorial de Infantería* de 1916 un valioso y documentado estudio sobre los Montes de Toledo, en sus aspectos físicos, históricos y paisajísticos con abundante información gráfica.

Incorporamos el recuerdo del capitán de Estado Mayor, ingeniero geógrafo, Alfonso Rey Pastor. Académico numerario en 1928, fue comisario general de Excavaciones, director general de Bellas Artes, modelo de geógrafo dedicado a la arqueología a quien debemos la excavación del Circo romano y el descubrimiento de mosaicos en la Alberquilla.

Emiliano Castaños fue otro académico de este grupo de naturalistas, licenciado en Ciencias Naturales, especialidad con la que ejerció en el Instituto de Toledo. Destacó la importancia del paisaje en el estudio del pasado. Desarrolló su discurso de ingreso en la Real Academia sobre *El paisaje y habitantes de Toledo en el pasado geológico*. Como naturalista y dibujante aportó una abundantísima obra publicada en Toledo y en toda la geografía española.

Máximo Martín Aguado, nacido en Yuncillos, profesor de muchos toledanos actuales, era también licenciado en Ciencias Naturales. Ser profesor de enseñanzas medias le llevó por diferentes destinos. En Toledo, tuvo por compañeros a los también académicos Clemente Palencia, Guillermo Téllez, Fernando Jiménez de Gregorio y otros notables y prolíficos escritores e historiadores. En su discurso de ingreso en

esta institución habló sobre *El poblamiento prehistórico de Toledo*, y sobre este mismo tema publicó sus hallazgos en Pinedo y las terrazas del Tajo. Un clásico suyo fue, precisamente, *El Tajo, historia de un río*.

Gonzalo Payo Subiza, gran amigo, fue doctor ingeniero geógrafo y licenciado en Matemáticas. Perteneció al Cuerpo de Ingenieros Geógrafos del Estado y fue director del Observatorio Central de Toledo, encargándose de la Sección de Sismología. Autor de destacados trabajos internacionales sobre la física del interior de la Tierra y de una digna colección de obras poéticas, su vocación de servicio le llevó a ser presidente de la Diputación de Toledo, diputado en el Congreso en las listas de UCD y presidente de Castilla la Mancha. Y ante todo, un científico vinculado a las ciencias de la naturaleza.

También se ocupó del paisaje y de su color Guillermo Téllez, en un trabajo donde habló del origen del color toledano como resultante de la geología y el clima. Y cómo no recordar a los artistas y literatos que no pudieron sustraerse al encanto, la luz y el color de esta ciudad.

Nuestro nuevo académico se encuentra desde hoy agregado a esta nómina de naturalistas cuyas experiencias han sido atesoradas en los anales de esta institución académica y que sin duda continuarán avanzando con él.

La idea de incorporar el paisaje toledano a la historia de la ciudad está presente, como hemos visto, desde la fundación de la Real Academia y ha sido estudiada por los académicos que pertenecieron a ella a lo largo de un siglo. Y continúa siendo necesario, muy necesario, ocuparse del mismo. Por eso hoy disponemos de un académico cuya vacante en el grupo de geógrafos o naturalistas relacionados con el medio ambiente se hacía notar y desear.

Porque tarea tenemos. Poca atención se ha dedicado al paisaje en el desarrollo y expansión de Toledo, donde se han

creado masas arbóreas fuera del contexto natural o rompiendo el impacto visual de la ciudad y su entorno con perfiles arquitectónicos utilitarios difíciles de entender si no es por la especulación del terreno, a costa de romper el paisaje tradicional. A veces nos encontramos con paisajes tan degradados que conservan muy poco de su pasado. No obstante pueden ser sujetos de recuperación de la mano de naturalistas, historiadores, arqueólogos, artistas, fotógrafos... con la aportación de la documentación precisa, que existe. Estos equipos deben incorporar a los especialistas en medio ambiente para recuperar esa armonía y relación entre el hombre y la naturaleza que siempre, desde el nacimiento de la humanidad, ha existido. El hombre ha intentado dominar la naturaleza: con ello la ha modificado y depredado, siendo el paisaje actual el resultado de la acción histórica del hombre sobre una parcela, en este caso llamémosla Toledo o cualquier parte de la provincia, por él colonizada.

La arqueología es capaz de leer e interpretar el paisaje histórico oculto con la ayuda de los naturalistas y aportar, con esa colaboración, mayor información cultural del pasado remoto. Del próximo, la abundante información de que disponemos nos descubre la historia del paisaje provincial, que, en la mayoría de los casos, es realmente desolador por el brutal impacto negativo que ha sufrido solo en los últimos ciento cincuenta años, dando como resultado un paisaje desnudo y degradado en grandes superficies de la provincia. Solo basta con leer a Pascual Madoz.

El naturalista, pues, tiene mucho que decir hoy en la recuperación y conservación del patrimonio natural y forestal, sensibilizando a la sociedad, proyectando y gestionando acciones de educación medioambiental, algo de lo que tiene experiencia demostrada el nuevo académico.

La Real Academia no puede quedarse atrás de la creciente preocupación por conservar el medio ambiente, lo que ha

permitido que el paisaje cultural y natural haya sido motivo de interés para la ciencia y para las instituciones administrativas, cuyas resoluciones se encaminan a dar cobertura legal a su protección y conservación. La normativa europea, nacional y regional así lo acredita. La UNESCO define el paisaje cultural como una «obra que combina el trabajo del hombre y la naturaleza», algo por cuya conservación se debe velar, evitando alteraciones o su depredación.

En estos momentos tenemos una asignatura pendiente con el Tajo, patrimonio de los toledanos y de todos los ribereños que sufren su expolio, la degradación de sus aguas. Río al que no valen adornos de cartón piedra, sino depuración y mantenimiento de los caudales ecológicos para devolver a sus riberas las espesuras de verdes sauces que cantaron los poetas. El Tajo es parte integrante de la ciudad, de su historia y su paisaje cultural. Siendo tarea de todos los toledanos y sus instituciones salvarlo, cuya precariedad actual exige no demorarlo en el tiempo o nos quedaremos con una cloaca crónica, sin vida, rodeando la ciudad. Ni tampoco permitir que el expolio se amplíe a otros ríos de la cuenca. Todo ello precisa, además de la sensibilización de la sociedad, estudios y alternativas reales en donde deberá encontrarse, sin duda alguna, la opinión autorizada de un medioambientalista junto a otros técnicos que aporten soluciones viables para este problema.

En fin, la Academia queda hoy enriquecida con la presencia de Enrique García Gómez, a quien felicitamos y estamos seguros de su respuesta, autorizada y positiva, ante los retos culturales que la sociedad toledana demanda y el compromiso que adquiere hoy, oficialmente, con los valores que inspiraron la fundación de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

He dicho.